

COLÓN, DE LISBOA A PALOS. EL ENIGMA DEL RETORNO EN EL VIAJE DESCUBRIDOR

MARTA GONZÁLEZ QUINTANA

Uno de los hechos que aparecen como menos comprensibles, tras el éxito del viaje descubridor, es el retorno de Colón al puerto de Palos, su punto de partida de tan aventurada empresa. Resulta lógico que en dicho puerto se armara la expedición, según lo dispuesto en la Real Provisión del 30 de abril de 1492, dirigida a Diego Rodríguez Prieto «e a todas las otras personas, vuestros compañeros e otros vecinos de la villa de Palos»; por la razón que en ella se expone: «algunas cosas fechas e cometidas por vosotros en deservicio nuestro», por lo cual «fuisteis condenados a que fuédes obligados a Nos servir doce' meses con dos carabelas armadas a vuestras propias costas e expensas»¹.

Ante la rotundidad del regio mandato, la partida fue prácticamente forzada desde allí, dadas además todas las facilidades para un enrolamiento de gentes allí afincadas, habituadas a la navegación, al menos, por el mar de Castilla, y famosas por su pericia.

Y no faltan testimonios, como el de Diego Fernández Colmenero, en su declaración durante la Probanza de Palos de 1515, quien decía que «cuando vino el Almirante Don Cristóbal Colón a esta villa non fallava gente que fuese con él por ser el viaje peligroso». Además, otra razón que pesaba mucho en el ánimo de la gente a la hora de decidirse a embarcar con él, era el hecho de que Colón fuera extranjero, un total desconocido en aquellas tierras. Así lo declaró Fernando Valiente en la probanza de 1535: «ninguna persona le conocía en esta villa, ni sabía quien era». Además, nadie le tomaba en serio, según el testimonio de Cristóbal

1. Demetrio Ramos *lee dos meses*, y no *doce*, en su estudio *La realidad de las Capitulaciones de Santa Fe y el carácter que tuvo la expedición colombina*, Madrid, 1992, pag. 257.

2. Publicada, entre otros, por Martín Fernández de Navarrete en *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde finales del siglo XV*, con estudio y edición de Carlos Seco Serrano, Tomo I, pgs. 307-308.

de Triana, quien decía que: «todos hacían burla del dicho Almirante porque tomava tal empresa y se reían dello y lo tenían por loco».

El plazo dado por los monarcas estaba a punto de finalizar y el genovés aún no tenía completa su tripulación, por lo cual tuvo que recurrir a las instancias superiores de la Corte. Pero su amistad con el padre Marchena resultó determinante para solucionar su problema: él fue quien le puso en contacto con Martín Alonso Pinzón, marino con gran reputación y ascendiente en Palos, tal y como prueban las declaraciones de algunos testigos. Francisco Medel aseguró que vio a «Martín Alonso Pinzón muy determinado de ir a hacer el descubrimiento en compañía del dicho don Cristóbal Colón, y juntó consigo a sus hermanos y a muchos parientes y amigos con sus navíos y que sabe este testigo que si el dicho Martín Alonso no se determinara de fazer aquella jornada e yr él en persona a ello, que ninguna persona osara yr, porque aún esos que yban pensaban que yban a la muerte y que nunca más avían de volver, pero que se esforçaban con ver quel dicho Martín Alonso en persona yba allí».

El profesor Manzano³ apunta también otra causa para la elección de la localidad onubense como inicio del viaje: que el puerto debía ser propiedad de la Corona, que adquirió la mitad de la villa el 24 de junio de 1492, un día después de que llegase a la misma el marino genovés para organizar la flota y contratar los marineros.

Por todo ello, la salida desde Palos y no desde otro punto estaba claramente prevista, pero la vuelta allí ya era otra cosa, pues Cristóbal Colón estaba obligado a pensar —como era lógico— en la rápida comunicación con la Corte, donde ésta pudiera estar. Y no resultaba para ello el lugar más idóneo la ría del Tinto.

Si la entrada en la capital lusitana, en la vuelta de su primer viaje americano, constituyó para el Almirante una prueba, dulcificada en gran parte por el grato e interesado recibimiento que le dispensó Juan II, ¿pudo intuir entonces de su tripulación alguna actitud que luego le obligó a cambiar el punto final de su retorno?

LA ATRACCIÓN DE SEVILLA COMO CULMINACIÓN DE LA AVENTURA

Parece lógico pensar que Colón nunca se planteara la posibilidad de que el término de su viaje fuera Palos. En su *Diario*, las menciones a la localidad onubense son mínimas, y la mayor parte de las veces, evocan

3. Manzano Manzano, Juan: *Cristóbal Colón. Siete años decisivos de su vida, 1485-1492*, Madrid, 1964.

motivos poco satisfactorios. Así lo vemos en la narración del día 26 de diciembre, cuando sumido aún en la desesperación por el naufragio de la nao, escribe: «la nao diz que era muy pesada y no para el officio de descubrir. Y llevar tal nao diz que causaron los de Palos, que no cumplieron con el Rey e la Reyna lo que le avían prometido: dar navíos convenientes para aquella jornada, y no lo hizieron».

Mas, por el contrario, el puerto de Sevilla es el que parecía tener siempre muy presente Colón, por distintas razones. Así, recuerda esta ciudad en el *Diario* el día 8 de octubre, refiriéndose al clima templadísimo que se encontraba en esa etapa del viaje, cuando dice: «Los ayres muy dulces, commo en abril en Sevilla, ques plazer estar a ellos, tan olorosos son».

Pocos días después, el 29 de octubre, en Cuba, mientras hacía el reconocimiento pertinente entre los que llamó río de la Luna y río de Mares, recuerda nuevamente las bondades de Sevilla y escribe: «Toda aquella mar dize que le parece que deve ser siempre mansa commo el rio de Sevilla».

Igualmente, el domingo 20 de enero, volvió el Almirante a recordar el clima sevillano, cuando ya ha iniciado el retorno, navegando por «la mar quajada de atunes...que de allí devían de yr a las almadravas del Duque de Conil y de Cádiz», hallando «los ayres diz que muy suaves y dulces, commo en Sevilla por abril o por mayo».

Vemos pues que la evocación de la capital andaluza es frecuente por parte del marino genovés, lo que indica que siempre la tuvo presente, quizás como meta. Por eso resulta, cuando menos curioso y sorprendente, que cuando Cristóbal Colón inicia la vuelta el 16 de enero de 1493, no se nos diga cuál es el puerto que se propone buscar. Simplemente apunta que: «bolvió al derecho de España, Nordeste, quarta del Leste».

Por este prolongado silencio sobre el punto de retorno y la anterior recurrencia a Sevilla, hemos de suponer que es allí donde quería volver el Almirante. Concretamente, la mención que más nos interesa, por anticipar ya sus intenciones, es la que aparece en el *Diario* el día 19 de febrero, cuando se encuentra en Santa María de las Azores, envuelto en serios incidentes allí suscitados, especialmente a raíz de la detención de la gente que había desembarcado. Fue entonces cuando Colón puntualizó al capitán portugués Juan de Castañeda que «dado que no le quisiese darle su gente, no por eso dexaría de yr a Castilla, pues tenía harta gente para navegar hasta Sevilla».

4. *Diario del Primer Viaje de Colón*, edición de Demetrio Ramos Pérez y Marta González Quintana (con estudio y notas de Manuel Alvar López, Ricardo Cerezo Martínez, Abelardo González Lorenzo, Felix Muñoz Garmendia y Luis Javier Ramos Gómez), Granada, 1995.

Como se ve, no se hace mención de Palos sino de la capital hispanense, como puerto de retorno previsto y deliberadamente elegido por el Almirante. Dicha hipótesis la confirmamos una vez más con lo anotado en el *Diario* el 13 de marzo, día de la partida de Lisboa, donde claramente se dice: «oy, a las ocho oras, con la marea de yngente y el viento Nornorueste, levantó las anclas y dio la vela para yr a Sevilla». Esta vez no cabe ya, por tanto, ninguna duda: ir, ni más, ni menos, a Sevilla.

LOS CONTRATIEMPOS EN TIERRAS PORTUGUESAS ANTES DE LLEGAR A ESPAÑA

Pero pese a su ya indudable decisión, los planes del marino genovés no salieron como él esperaba: el retorno tuvo dos importantes detenciones en tierras portuguesas, las que quería a toda costa evitar. La primera, en las islas Azores, motivada por las tormentas que pusieron en peligro a la flota; la segunda, en Lisboa. Y durante su estancia en territorio lusitano, se produjeron varios sucesos que no deben pasarse por alto.

Así, las desconfianzas con Juan de Castañeda no resultan extrañas en el marco en que se inscribían las relaciones hispano-portuguesas en aquel delicado momento. En tal sentido se explican las complicaciones del retorno derivadas de la detención, ordenada por Castañeda, de los tripulantes que bajaron a tierra para cumplir los votos hechos durante el temporal. El capitán luso debió creer que se trataba de miembros de una expedición castellana procedente de las costas africanas, lo cual violaría los acuerdos de Alcaçobas.

De igual manera, hemos de entender entonces la amenazas de Cristóbal Colón, proferidas el 19 de febrero de 1493, cuando «prometió, como quien era, de no descender ni salir de la caravela hasta que llevase un çiento de portugueses a Castilla y despoblar toda aquella isla». Buena «bravata», cuando no tenía medios, ni posibilidad alguna de llevarlo a cabo.

Juan de Castañeda, teniente de la isla de Santa María de las Azores, ejercía, en esa época, de máximo responsable al haberse ausentado el capitán João Soares, quien se encontraba en Lisboa para contraer matrimonio. ¿Qué pudo suceder si Castañeda y Colón se hubieran enzarzado en una lucha sin cuartel, como estas actitudes auguraban? ¿Y si en ella resultara muerto el Almirante? El cambio de destino de su éxito descubridor estuvo, al menos, pendiente de un hilo en las Azores, salvándose todo por la capacidad reflexiva de Castañeda, cuyo mérito no se ha reconocido.

Las mismas tensiones y forcejeos se produjeron a la llegada del Almirante a las proximidades de Lisboa, el 4 de marzo. Ese día, el marino genovés decidió tener bien informado al rey de Portugal, al que escribió diciendo: «de como los Reyes de Castilla le avían mandado que no dexase de entrar en los puertos de Su Alteza a pedir lo que oviese menester por sus dineros, y quel Rey le mandase dar lugar para ir con la caravela a la çidad de Lisboa, porque algunos ruynes, pensando que traía mucho oro, estando en puerto despoblado, se pusiesen a cometer alguna ruyndad, y también porque supiese que no venía de Guinea, sino de las Yndias».

Otra vez, como se ve, la necesidad de evitar la confusión de que procedía de la costa de la Mina, para prevenir la captura en Restelo. El propio Colón va a ser entonces el primer interesado en evitar problemas y reclamaciones diplomáticas —quizá cansado de tantas gestiones y arduas negociaciones— al anunciar al monarca lusitano su posición, sus necesidades después de tan larga travesía —que apoyaba en lo dispuesto por los Reyes de Castilla—, su solicitud de protección, y, sobre todo, el dejar claro que el fin de su expedición fueron las Indias y no las costas de Guinea.

Así, tras mantener pequeñas fricciones con «el patrón de la nao grande del Rey de Portugal, la cual estava también surta en Rastel() y la más bien artillada de artillería y armas que diz que nunca nao se vido» — como cuenta en el *Diario* el 5 de marzo— el Almirante guiso hacerse respetar por los hombres de Juan II, mostrando el pasaporte de encomendación de los Reyes de Castilla ⁵.

En los días siguientes, ya en un ambiente más distendido, la llegada del genovés con sus indios, fue el motivo de distracción de muchos ciudadanos de Lisboa, que se acercaban para ver a los seres extraños de un nuevo y desconocido mundo. La atracción despertada por ello fue tal, que, como reconstruye Washington Irving: «apenas hubiera podido excitar el bajel curiosidad mayor, si hubiese traído a bordo los prodigios de otro planeta... Todos pendientes, absortos y atentos a las narrativas de Colón y sus marineros, de los sucesos del viaje y del Nuevo Mundo que habían descubierto; y miraban con insaciable curiosidad las muestras de desconocidas plantas y animales, y sobre todo los indios, tan diversos de los demás hombres».

Por ello, ni la llegada de Colón a la capital portuguesa, ni el revuelo provocado por sus noticias, podían ser obviados por el rey lusitano, quien

5. Sobre los documentos, la carta-salvoconducto de encomendación y la carta credencial para el Rey del Oriente, vid. Marta González Quintana: *El problema de la Carta de los Reyes que Colón quiso entregar en Cuba y su contribución a la definición del viaje*, en «Atti conclusivi del XXVI Congreso Geográfico Italiano», Génova, 1993, pgs. 71-81.

6. Irving, Washington: *Vida del Almirante Don Cristóbal Colón*, edic. de J. M. Gómez Tabanera, Madrid, 1990, Lib. III, Cap. IV, pag. 142.

a través de don Martín de Noronha, le hizo llegar una carta, invitándole a ir a su presencia, pues, debido a una epidemia de peste, se encontraba con su corte en el convento de Santa María de las Virtudes, en el Valle del Paraíso. Además, don Juan ordenaba que se proveyese al Almirante de todo lo que necesitara, como correspondía a tan ilustre visitante, y seguramente con el interés de hacerse grato, para obtener del navegante la máxima información posible.

No nos parece extraño que el marino genovés sintiera cierta inquietud ante la entrevista con el monarca lusitano, a quien ya conocía. Por otra parte, no olvidaba que la corte portuguesa, años antes, rechazó su proyecto, por parecerle más propio de un visionario que de un navegante cabal.

Y tampoco para don Juan debía ser fácil el reencuentro con el ahora Almirante de los Reyes de Castilla. Si atendemos a las versiones de algunos cronistas —véase João de Barros o García de Resende⁷— parece ser que el monarca recibió sugerencias de parte de sus cortesanos, contemplando la posibilidad de matar a Cristóbal Colón, para aprovecharse de lo descubierto por él. Además, parece que la indisposición lusa contra el Almirante fue en aumento por su manera jactanciosa de mostrar lo hallado en su viaje, llegándose incluso a cuestionar la llegada del genovés a Rastello, vista como una humillación hacia Portugal, por no haber aceptado sus proposiciones tiempo atrás.

Así las cosas, hemos de imaginar la entrevista entre don Juan y el Almirante más que intensa, pues tal y como se dice en el *Diario* el 9 de marzo, el monarca portugués «entendía que en la capitulación que avía entre los Reyes y él que aquella conquista le pertenecía». Las suspicacias estuvieron a flor de piel y Juan II cambió de postura, planteando la entrevista en actitud de claro respeto a lo que se había acordado con los Reyes de Castilla». Tal y como se presentaba la visita a priori, el final pudo ser bien distinto⁸.

Una vez concluido el obligado encuentro, Colón se dispuso a seguir viaje a España, no sin antes despedirse de la reina de Portugal, quien expresó su deseo de recibirle y escuchar de sus labios los pormenores del

7. Barros, João de: *Asia*, Coimbra, 1932. Parecidas versiones en la obra de García de Resende: *Crónica de dom João II*, edic. de Joaquim Veríssimo Serrão, Lisboa, 1973. Y también en Rui de Pina: *Crónica de el-rey Don João II*, con prefacio y notas de Alberto Martins Carvalho, Coimbra, 1950.

8. De las dudas que debió tener Juan II acerca de la legítima posesión de las tierras halladas se hace eco Barros en su *Crónica*, al señalar que el monarca buscó el consejo «principalmente de aquellos que eran oficiales de este menester de la Geografía» (Década I, lib. III, cap. XI).

9. Morais do Rosario, F.: *A escala de Colombo em Lisboa, na viagem de descobrimento do Novo Mundo*, en «Atti del III Convegno internazionali di studi colombiani (Génova 1977)», Génova, 1979, pags. 457-466.

viaje descubridor. Y el Almirante acudió a visitarla, al monasterio de San Antonio de Villafranca, donde estaba la soberana, el 11 de marzo.

EL DEFINITIVO RETORNO HACIA SEVILLA

Por fin, el 13 de marzo, partió Cristóbal Colón para dar cuenta de su hazaña personalmente a los Reyes de Castilla. Y «dió la vela para yr a Sevilla», como él mismo cuenta en su *Diario*. Parece, por ello, lógico que fuera el puerto hispalense su destino. En primer lugar, porque era el más importante, donde su descubrimiento podía tener el eco que una proeza de tal magnitud merecía. Desde Sevilla se difundiría con facilidad su llegada y era también una escala razonable antes de llegar a Barcelona, donde le esperaban los Reyes.

En segundo lugar, la entrada en Sevilla suponía llegar a una capital económica que contaba con la presencia de numerosos mercaderes, banqueros y hombres de negocios italianos, sobre todo genoveses y florentinos, a quienes Colón querría especialmente impresionar, por varias razones. La primera, en función del carácter altivo y jactancioso del Almirante, que probablemente se encontrara aún impresionado por el recibimiento dispensado en Lisboa. En Sevilla, podría vanagloriarse todo lo que quisiera, exhibiendo a los indios y las muestras de fauna y flora exóticas, ante sus compatriotas, que tiempo atrás le habían tomado por loco y no le prestaron —al menos, claramente— el apoyo económico necesario para intentar la aventura descubridora por su cuenta ¹⁰. Sólo en la capital hispalense su vanidad se vería realmente recompensada después de tantos sinsabores.

Y, sobre todo, en Sevilla podía presumir ante los genoveses, volcados desde siempre al mar, del título de Almirante, pues ellos —como nadie— serían capaces de valorarlo en todo su amplio significado, augurando su futura preeminencia en el Océano. Vendría así a demostrarles que no estaba equivocado y que su proyecto no era una locura, sino fruto precioso de la reflexión, de sus conocimientos geográficos y de su experiencia marinera.

No en vano, a finales del siglo XV, en Sevilla se afincaron numerosos italianos, sobre todo mercaderes genoveses, que, en virtud de una antigua merced real, disponían allí de su consulado, su propio barrio, tribunales de justicia, su iglesia, su propio banco e incluso una taberna para

10. El padre Antonio de Aspa, autor de un relato sobre el descubrimiento, sostiene que prestaron su apoyo financiero a Colón, en el primer viaje, tres comerciantes genoveses: Jacopo di Negro, Zapatal y Luigi Doria. Pero para la mayoría de los especialistas su testimonio es demasiado tardío para ser aceptado como seguro.

ellos. Pero Cristóbal Colón no se incluía en este círculo elitista genovés, en el que sí figuraban nombres tan conocidos como: Francesco Rivarolo, Francesco Doria, Francesco Castagno y Gaspare Spínola ¹¹

La colonia florentina también estaba muy bien representada en Sevilla por hombres como Juanoto Berardi, muy vinculado a Colón, Donato Nicolini, Piero Rondinelli, Giacomo Fantoni, Bernardo Pieri, Giacomo Bonguilllemi, Giovanni de Giunta o Simone Verde, muy interesados, igual que los genoveses, en el comercio ultramarino.

Pero es que, además, desde Sevilla tendría Colón la posibilidad de organizar el comercio indiano —en virtud de lo dispuesto en Santa Fé— con los genoveses, sus compatriotas, expertos en dicha materia, que pasarían desde entonces a depender estrechamente de él. Esta era una oportunidad que los mercaderes de la marinera república no podían dejar escapar, como buenos negociantes que eran. Las noticias colombinas acerca de la abundancia de oro, lignáloe, almáciga, pimientas, frutos, etc, prometían sustanciosos beneficios mercantiles.

Vistas así las cosas, el propósito del retorno parecía incuestionable y la llegada a Sevilla lo más natural. Pero si inesperada fue la detención en tierras portuguesas, ya a punto de culminar el regreso, más lo fue la arribada en otro puerto distinto al sevillano: el de Palos.

¿POR QUÉ COLÓN ENTRÓ EN PALOS?

No tenemos noticias en el *Diario*, ni en otros documentos, acerca de la llegada al puerto de Palos ¹², como culminación del viaje descubridor, por lo que el aporte a esta pequeña localidad onubense resulta bastante difícil de explicar, sobre todo, cuando no se menciona como destino.

Parece extraño que por propia voluntad Colón decida terminar su exitoso periplo en un lugar del que no se llevó buen recuerdo, ya que su estancia allí, mientras ultimaba los preparativos del viaje, que fueron muy complicados, había sido poco satisfactoria tal y como mencionamos anteriormente.

La imprevista rectificación, con la arribada en Palos, nos lleva a adentrarnos forzosamente en el terreno de la conjetura. Creemos que la

11. D' Arienzo, Luisa: *Mercanti italiani tra Siviglia e Lisbona nell Quattrocento*, en Actas del segundo convenio «La presenza italiana in Andalusia nel Basso Medioevo», Bolonia, 1986. La misma autora publicó un interesante estudio sobre *La società Marchioni-Berardi tra Portogallo e Spagna nell'età di Cristoforo Colombo*, en Actas de las «Segundas jornadas Luso-Españolas de Historia Medieval», Oporto, 1990.

12. Ladero Quesada, Miguel Angel: *Palos en visperas del descubrimiento*, en «Revista de Indias», (Madrid), 153-154, (1978), pags. 471-506.

llegada al puerto onubense pudo deberse, quizá, a las presiones de los pañeros, cansados de tormentas y penalidades, y a quienes la gloria del descubrimiento les importaba poco. De hecho, ellos se planteaban si tenían alguna remota posibilidad de obtener beneficios económicos, derivados de su participación en la empresa. Todo parecía supeditado al descubridor, a quien, posiblemente, el recibimiento en Lisboa había envanecido hasta límites difícilmente soportables para sus compañeros de viaje, con los que las relaciones se habrían hecho insostenibles.

Poco importaba, pues, a esforzados marineros, deslumbrados más por haber traspasado los límites del mundo conocido y enfrentados, por vez primera, a la inmensidad del Océano, hasta entonces ni siquiera imaginado, la celebración de dicha hazaña en Sevilla. ¿Cuántos, además, regresaban enfermos o extenuados?

Lo más lógico para ellos debía ser volver a casa, a Palos, su casa, su lugar de origen, a dar gracias a Dios y tranquilizar a sus familiares, interesados también en el buen fin de la expedición. En palabras de Irving: «apenas se hallaba familia que no contase algún pariente o amigo entre los navegantes... Muchos lamentaban a sus amigos como perdidos, mientras prestaba la imaginación horrores a su destino, ora representándoles errantes e indefensos por solitarios desiertos de interminables aguas, ora despedazados entre rocas y torbellinos, o tal vez presa de los voraces monstruos con que poblaba la credulidad de aquellos días todas las mares lejanas»¹³. Y no creemos que aquí el escritor romántico cargara las tintas, pues la incertidumbre de los que esperaban debió ser insostenible, igual que la de la tripulación, ansiando el término del viaje.

Quizá los marineros expusieran de este modo sus razones al Almirante, y quizá éste replicara con su imposición de llegar a Sevilla. Por desgracia, no tenemos ningún testimonio de lo que sucedió en el mar entre el 13 y el 15 de marzo de 1493, para cambiar la ruta; pero sí creemos justificado recurrir en este caso a la controvertida teoría de los motines, que encontramos aquí perfectamente admisible. Pues, ¿de qué otra manera se hubiera conseguido hacer cambiar de opinión al Almirante, exaltado como nunca, deseoso de honores y reconocimientos, sobre todo por parte de sus paisanos? Atrás quedaba Portugal, donde cumplió su meta y desde donde se expandería la noticia deseada. Lisboa, pues, suplió a Sevilla y tal vez aquel gran recibimiento que allí tuvo le ayudara a ceder ante sus hombres.

Esta es la explicación que nos permitimos apuntar y que, lamentablemente, sólo podemos apoyar en la lógica y en la reflexión, tras la lectura de documentos y textos colombinos y el estudio de la personalidad del

13. Washington Irving, (6), Lib. III, Cap. V, pag. 146.

descubridor. Si su determinación de volver a Sevilla era tan firme, es posible que sólo por la fuerza y las amenazas —que ya había sufrido otras veces y conocía bien— pudiera cambiar el destino de retorno.

Por todo ello, no nos parece verosímil la versión que ofrece el padre Las Casas sobre la llegada a Palos ¹⁴, donde dice «que fue recibido con grande procesión y regocijo». Más bien nos inclinamos a pensar que la tensión con el genovés se mantuvo como tónica dominante durante su estancia allí, por lo que «el Almirante se despachó cuan presto pudo para Sevilla», donde tuvo ya ocasión de «dar rienda suelta al orgullo triunfalista», sin sentirse oprimido por la «presión de los paleños» ¹⁵.

14. Las Casas, Bartolomé de: *Historia de las Indias*, edic. de A. Millares Carlo, México, 1951, Lib. I, Cap. LXXV, pag. 327.

15. Ramos Pérez, Demetrio: *Las élites andaluzas ante el descubrimiento colombino. La acogida en el retorno y la crítica sobre lo descubierto*. Granada, 1983.